

La vida es un tango

I. Las rotativas

Lauro Bochinchola se escarbaba los dientes viendo bajar los pasajeros del tren en la estación Constitución. Debe ser ese pajuerano de sombrero, pensó. Silvano Urrutia se había puesto lo mejor que tenía para la ocasión: traje cruzado príncipe de Gales, arrugado por veinte horas de viaje, mocasines, sombrero panamá y un impermeable doblado en el brazo. Una valija de cuero sin curtir permitía adivinar, no obstante, su origen humilde. El Gordo Bochinchola se le acercó. ¿Silvano Urrutia?, preguntó. Silvano se sacó el sombrero. Para servirle, contestó. —Venga, dijo el Gordo, y sin dejar de escarbarse los dientes caminó a lo largo del andén hasta la calle, seguido por Silvano cargado con la inmensa valija. El Gordo señaló un Rolls-Royce negro y le dijo: —Ponga la valija delante. Se encasquetó una gorra y se sentó al volante. Silvano supuso que tenía que sentarse atrás. Al abrir la puerta vio un ocupante hundido en el asiento posterior, tan pequeño que no alcanzaba a la ventanilla con sombrero y todo. —Mucho gusto, dijo Silvano. —Siéntese tranquilo, respondió el otro. Silvano se sentó a su lado y cerró la puerta, el auto arrancó. —¿Es usted el que ganó el concurso?, le preguntó sin mayor inte-

rés. —Sí señor, afirmó Silvano con un tono que le pareció a él mismo de un orgullo desplazado. El otro lo examinó atentamente. Era un hombre de unos sesenta años, de origen probablemente indio, oscuro de piel y de pelo blanco cuidadosamente cortado; era delgadísimo y de estatura, parado, no debía sobrepasar el metro cuarenta. Me presento, dijo: —Soy el Mono Diligenti, quinielero. Se estrecharon las manos. Me muero de sueño, bostezó el Mono Diligenti, me pasé la noche de farra. Y bajándose el ala del sombrero se durmió roncando ruidosamente. —¡El Mono se la pasa apollillando, rió el Gordo Bochinchola, tiene diabetes! ¡Con lo que chupa cualquiera de estos días se queda seco sentado ahí atrás! Silvano no supo qué responder. Durante las veinte horas de viaje en tren desde Paraná se había imaginado mil recepciones de diversa naturaleza pero ninguna como ésta. Desde luego existían el Rolls-Royce y el chofer, pero un quinielero como anfitrión e incapaz de estarse despierto... le parecía increíble de parte de una empresa tan importante como el diario *Crítica*. Silvano era maestro de escuela en Paraná, capital de la provincia de Entre Ríos. Hijo de panadero, sintió desde temprano la atracción de la cultura. A los doce años componía rimas en homenaje a los próceres nacionales; su padre decidió costearle la carrera de docente. No bien instalado como único maestro en la flamante escuela, recibió los honores de la pequeña burguesía de Paraná con hijas casaderas. Silvano tenía apenas diecinueve años, pero su aplomo y simpatía lo hacían parecer de veinticinco. Alto de casi dos metros, de piel oliva, ojos claros y cuerpo de atleta, en Paraná se agenció el apodo del «buen mozo». Se enamoró de una muchacha flaca y miope, Dorita, dos años mayor que él, que conocía de memoria los principales poemas de Rubén Darío. Pasaba las noches en blanco escribiendo so-

netos a Dorita, cuyo padre, almacenero en ramos generales, soñaba otro destino para su hija. Silvano, como toda la provincia que leía la prensa no conservadora, era un asiduo lector del diario *Crítica*. Figurar en la página literaria era su ambición más secreta y desmesurada. La ocasión se le presentó. El diario *Crítica* organizó un concurso de jóvenes poetas argentinos, cuyo primer premio consistía nada menos que en un empleo como periodista en el mismo diario. El tema del poema era «Sangre, sudor y lágrimas», la famosa frase de Winston Churchill, que hacía furor en los círculos literarios argentinos antinazis. Silvano escribió una oda de diecisiete páginas que vio, con estupor, publicada la semana siguiente en el suplemento literario. El título a toda página decía: «Silvano Urrutia, el poeta del futuro». En una breve reseña se le saludaba como «el más ágil, dinámico y viril de nuestro nuevo equipo de jóvenes reporteros». Al mismo tiempo recibía por el correo un giro de mil pesos y un billete de tren para Buenos Aires. Dorita se lo entregó por primera vez la noche de la despedida en el aula de la escuela, sobre el pupitre de Silvano, mientras la lluvia azotaba los vidrios de la ventana. Dorita era virgen, a ambos les resultó dolorosa la experiencia; no obstante se decían las más dulces cosas al oído. Antes de separarse, Silvano escribió en el pizarrón «Dora y Silvano» y rodeó la leyenda con un corazón. Se juraron amor eterno; no bien Silvano cobrara el primer sueldo enviaría a buscarla y se casarían en Buenos Aires; entretanto Dorita lo reemplazaría en la escuela. Sentado en el asiento trasero del Rolls-Royce junto a ese enano dormido, vestido de esmoquin y cubierto de papel picado, cuyo nombre de Mono concordaba tan bien con su fisonomía, viendo desfilar a izquierda y derecha el paisaje del Buenos Aires urbano a la luz del amanecer, su cercano pasado con Dori-

ta le parecía irreal. Se apercibió de que el Gordo Bochinchola lo observaba por el espejo retrovisor, sonriéndose, y desvió la mirada. —¿No tiene hambre, muchacho?, preguntó el Gordo Bochinchola, y sin esperar la respuesta frenó el automóvil frente a la entrada de un gran restorán cuya insignia mostraba el nombre de «Tropezón». La frenada fue tan brusca que el Mono Diligenti fue a rodar al piso del auto. Silvano se precipitó para ayudarlo a incorporarse, pero el otro lo rechazó de mala manera, volviendo a roncicar. —Déjelo, que a él le gusta dormirse así, dijo el Gordo. Deje el saco en el auto, agregó, que se lo van a manchar de grasa. Silvano obedeció, aunque se guardó los mil pesos en el bolsillo del pantalón. Se arremangó la camisa como vio que hacían los demás y se echó el panamá un poco de lado. El Gordo lo precedía, las manos en los bolsillos, abriéndose paso con un movimiento de caderas acompañado entre los comensales, todos personalidades, como bien sabía Silvano por haberlo leído en las páginas sociales de *Crítica*. El mundo de la política, del arte y del periodismo se reunía durante la noche en ese espacioso ambiente céntrico. Silvano nunca había imaginado que ya de madrugada pudiera reinar tal bullicio en un lugar público. Dos conocidos diputados, uno conservador y el otro socialista, se apostrofaban de un extremo al otro del recinto, parados sobre las mesas. Se cantaban tangos en dos grupos distintos y una pareja de mujeres pelirrojas vestidas de percal negro bailaba sobre el mostrador una milonga, seguida por un acordeonista que las acompañaba trotando detrás de ellas. Era prácticamente imposible abrirse paso; Silvano fue empujado de tal manera que cayó sentado sobre una mujer que se puso a gritar, ambos rodaron al suelo, Silvano se incorporó e intentó ayudarla, la gente, en coro, se reía de la escena. La mujer, una vez en pie, lo abofeteó.

Un silencio sucedió a las carcajadas. —¿Quién es este guarango?, preguntó la mujer en tono histérico. Silvano reconoció a la famosa artista de cine Yoli de Parma, heroína de *Rosa de las Pampas*. El Gordo Bochinchola se abrió paso entre la gente gritando: —¡Yoli, calmate, que este pibe es un repórter de *Crítica!* Yoli esforzó una sonrisa. —¿De veras?, y tendiéndole la mano le dijo: —Entonces se lo perdono todo. Pero tiene que prometerme que me hará un reportaje. Se sentaron a la mesa de Yoli, donde estaba ya instalado un hombre de unos cincuenta años, desmelenado, dormido con la frente apoyada en un balde de champán. —¿Cómo va, Senador?, le dijo el Gordo; el otro gruñó. Silvano se sentía humillado. Conocer a Yoli de Parma personalmente había sido uno de sus sueños en Paraná. Había ido a ver su último film con Dorita, que encontraba a Yoli vulgar; luego fue a verlo dos veces solo. El final del film, en el que Rosa se entrega al beso del general Belgrano, mientras se escucha el himno nacional, le parecía a Silvano de una pura belleza. Haber conocido a Yoli de una manera tan casual como desagradable lo llenaba de confusión, que resolvió adoptando una actitud despreciativa. Para darse ánimo se dijo: —Cuando le cuente a Dorita que la célebre Yoli de Parma es una vulgarísima mantenida de un senador... Y además esta mujer es mucho más vieja de lo que parece en el cine. Debe tener al menos treinta y cinco años. Yoli, que tenía cuarenta y dos y adivinaba la naturaleza de los pensamientos de Silvano, jugó de una sola vez su gran baza. —¿Así que el señorito me pone mala cara?, le dijo con una sonrisa maliciosa acariciándole el rostro con la cola de su zorro plateado. Silvano se sonrojó. —¿Me da un beso de la paz? Y, tendiéndole los labios, los apretó contra los suyos. Silvano perdió la respiración. —Gra... gracias, señorita, atinó a decir. La candidez

de Silvano hizo estallar de risa a Yoli, que acababa de apercibirse de la juventud de su interlocutor, ya que sin anteojos veía manchas en lugar de rostros; de ahí su crisis de nervios cuando cayera al suelo, creía en un golpe montado para ridiculizarla en público por parte de una actriz rival. —Éste es el muchacho que se ganó el premio literario de *Crítica*, lo presentó el Gordo Bochinchola, el enterreriano Silvano Urrutia. Va a trabajar en el diario. —¿En qué sección?, preguntó Yoli. —En criminales, respondió el Gordo. Silvano se sobresaltó: —¿Cómo lo sabe?, preguntó. El Gordo dijo precipitadamente: —¡Yo no sé nada! Yoli se incorporó y gritó a las mesas alrededor: —¡Muchachos, silencio! Y levantando la copa de champán bien alto: —Les pido un brindis, gritó, se hizo un silencio relativo, el suficiente para que comprendieran sus palabras en diez mesas a la redonda. —¡Muchachos!, repitió, el muchacho enterreriano aquí presente es el nuevo repórter detective del diario *Crítica*. Varios aplausos se dejaron oír, pero también varias risas; luego un silencio que Silvano, en su angustia, interpretó como un pedido de su palabra. Se puso de pie en el momento en que pasaba un mozo con una bandeja, que tropezó contra su hombro; una sopera llena de puchero lo inundó quemándole la cara. Buscó a tientas una servilleta y arrastró el mantel echando a rodar todo lo que había sobre la mesa, también el balde de champán donde estaba apoyada la cabeza del Senador, que despertó gritando: —¡Se levanta la sesión! En la mesa de al lado, formada por ocho compadritos, la hilaridad se manifestó a través de varios chorros simultáneos de sifón, proyección de panes y saleros. El entusiasmo se hizo general. Yoli recibió una fuente de estofado en la cabeza, que además de hacerle un chichón se le volcó sobre la melena platinada, amén de una tajada de sandía en el escote y el zorro empapado

de vino. Silvano se precipitó a protegerla de los proyectiles con el mantel, mientras él mismo recibía una ristra de morcillas que se le anudó al cuello como boleadora. El Gordo y el Senador se habían refugiado debajo de la mesa. La rival de Yoli, la cantante caribeña Bijou de Salsa, reía a carcajadas parada sobre su silla, los puños apoyados sobre las inmensas caderas, la melena negra volando al soplo del ventilador del techo. —Estás hundida, Yoli de Parma, gritaba a toda voz, tu carrera ha terminado. Yoli apostrofaba a Silvano, que trataba de cubrirla con el mantel. —¡Déjeme, gritaba, guarango de mierda! ¡Todo lo que me pasa es por culpa de usted! Y lo abofeteaba mecánicamente de izquierda a derecha. Silvano logró dominarla sujetándole las muñecas, ella lo escupió en los ojos, se zafó y se encaminó furiosa a la salida, abriéndose paso a golpes de zorro entre el público. Silvano la seguía aferrándose a su brazo. —Yoli, por favor, ¡perdóneme!, iba diciendo. El Gordo y el Senador los seguían casi en cucullas. Al aire del amanecer, la cólera de Yoli se convirtió en lágrimas. Hundió su cabeza en el hombro de Silvano, sollozando abundantemente. —¿Oh, amor mío, decía entrecortadamente, cómo he podido ser tan cruel contigo? —¿De veras me perdonas?, murmuró Silvano. —¡Claro que te perdono, tontito! Y Silvano descubrió el beso de cine, que contrariamente a sus experiencias con Dorita, consistentes en quedarse un rato con los labios inmóviles contra los del otro, poseía mil posibilidades como morderse los labios, o introducirse la lengua contra el paladar, revolviéndola. Más que sensualidad, esta experiencia le provocó una reacción dolorosa, pues su miembro se encontraba estrangulado por el elástico del flamante calzoncillo y Yoli, al apretarse contra él, lo doblaba en forma de codo. Al mismo tiempo un alfiler de gancho que sujetaba una orquídea se le hundió en el pe-

cho a la altura de la tetilla izquierda. Pegó un salto separándose de Yoli al comprobar que el Senador estaba orinándose sobre las piernas. Yoli quiso arañarlo pero recibió un chorro más fuerte. El Gordo Bochinchola, que estaba ya sentado al volante del Rolls con la puerta abierta, se sacudía a carcajadas. El Senador parecía haber tenido acumulados en la vejiga varios litros. Se refugiaron en el auto. Yoli caminó sobre el Mono Diligenti, que seguía durmiendo en el piso, gruñendo entre ronquidos. En el exterior del auto, que el Senador continuaba regando, una buena docena de cigarreras, vendedoras de flores, canillitas y trasnochadores de toda clase se agolpaban contra los vidrios para seguir gozando del espectáculo. El Gordo Bochinchola arrancó, dejando al público detrás, que les agradeció con un último tomate que se estrelló contra el vidrio posterior. Yoli asomó la cabeza por la ventanilla para gritar: —¡A este restorán no vuelvo más!, cuando el gordo giraba a la izquierda en la calle Cangallo y Yoli rodó al suelo sobre el Mono Diligenti, que se despertó sobresaltado y le mordió en una oreja. Yoli se sacó un zapato y le pegó con el taco en la cabeza. Silvano intentó separarlos y recibió un golpe en la nariz, que empezó a sangrar. Se refugió sobre el asiento, apretándose las narices con los dedos, echando la cabeza hacia atrás, mientras Yoli vomitaba sobre sus pantalones y sobre la cabeza del Mono Diligenti, que gritaba: —¡Gordo, frená, que me están matando! El automóvil se detuvo, Silvano se precipitó a abrir la puerta y a salir afuera, sentándose en el cordón de la vereda. Tenía la camisa cubierta de salsa de tomate, sangre y vómitos; la cabeza le daba vueltas, era la primera vez que tomaba champán y estaba en ayunas desde la tarde anterior. Se sacó la camisa, la empapó en agua de la cuneta, retorciéndola, y se la anudó en la frente. Estaban en una plaza muy arbo-

lada que a Silvano le recordó el campo, el sol empezaba a levantarse saludado por los gorriones. Yoli y el Mono Diligenti se habían quedado dormidos en el suelo del automóvil. El gordo Bochinchola se bajó y vino a sentarse a su lado, mascando maníes. —Hay que tener cuidado con minas como ésta, le dijo confidencialmente tendiéndole un cigarrillo dorado en cigarrera de plata que Silvano rechazó. —¿Y ahora cómo va a hacer para sacársela de encima? Silvano prefirió no contestar, preguntando a su vez: —¿Qué es eso de la sección «criminales»? Yo creía que iba a trabajar en la página literaria. —¡Pero si es lo mismo! Le dan un tema y usted compone el reportaje, dijo el Gordo, escupiendo una cáscara de maní. Silvano preguntó secamente: —¿Es posible que el medio de la prensa esté tan corrompido en Buenos Aires como en Paraná? El gordo se sacó la gorra y se rascó la cabeza. —¡Lléveme de vuelta a la estación!, dijo Silvano, esta ciudad no me gusta. El Gordo dejó pasar un momento antes de decirle: —Escuche, Silvano, si quiere puede ocuparse solamente de la página literaria. —¿Y usted quién es para decidir?, le espetó Silvano de mal humor. —No me presenté, contestó el Gordo, soy Lauro Bochinchola, director del diario *Crítica*, y con una ancha sonrisa le tendió la mano. Silvano se sobresaltó, pero dudando decidió adoptar un tono a mitad de camino entre la sorpresa y la ironía: —¿Usted, don Lauro Bochinchola? Al mismo tiempo que su mirada se hacía precisa reconoció en el rostro del Gordo los rasgos de don Lauro Bochinchola, director de *Crítica*. El Gordo le palmeó la espalda, riéndose. Luego se puso de pie y caminó unos pasos sobre la vereda, las manos unidas sobre los riñones, el vientre y el cuello flácidos. —Mire, Silvano, dijo sujetando el cigarrillo dorado con los dientes, le prevengo que Buenos Aires es una ciudad cuyas posibilidades usted no

llega a imaginarse. —No me importa Buenos Aires, respondió Silvano, lo que he visto me basta. Usted se divierte a costa mía; gracias por los mil pesos. Se puso de pie, aunque la cabeza le daba vueltas. —Indíqueme el camino para la estación Constitución, iré caminando. Y después de un silencio: —Ya entendí que no puedo esperar nada de Buenos Aires. Usted es un millonario, don Lauro, y el espectáculo del pobre ridiculizado, como lo he sido yo, le permite vivir con la conciencia tranquila. Pero hay jóvenes en la República que tienen otra idea de la hombría. Y se alejó en zigzag por la vereda, furioso de saberse borracho, poniéndose la camisa empapada. Pensó que el Gordo lo seguiría, pero no fue así, y no quiso volverse. Se encontraba en un barrio residencial, las primeras mucamas salían a hacer las compras. Silvano decidió seguir a una de ellas para llegar a un lugar desde donde pudiera telefonar a un taxi, como había visto en una película. Siguió los pasos de una muchacha chueca, vestida de guardapolvo y saco corto de tweed colorado. Entró en un almacén y Silvano detrás. Un viejo gallego le protestaba a otra mucama que no le había devuelto los envases. Las dos mujeres se rieron de la cólera del viejo, que se puso a golpear sobre el mostrador. Viendo entrar a Silvano se atusó el bigote; las dos mujeres se callaron. —¿Puedo servirme de su teléfono?, preguntó Silvano. El almacenero le gritó casi: —¿Lo atropelló un automóvil? Y Silvano, tomando conciencia de su camisa ensangrentada y de su acento entrerriano: —No, me sangró la nariz, lo único que quiero es tomar un taxi para ir a la estación Constitución. Las dos mujeres prorrumpieron en carcajadas. —La estación está a la vuelta de la esquina, le contestó el almacenero, no pudiendo contener la risa. Silvano saludó inclinando la cabeza y salió. Dobló a la derecha y se encontró en la Plaza Constitución,